
causa y solución del enorme aumento de población en el mundo

FERENC Z. LANTOS, arquitecto

La población del mundo crece y se agiganta a pasos verdaderamente increíbles. Si tomamos en cuenta que su densidad en 1900 era de 1.500 millones, duplicándose esta cifra en 1960, fecha en la que, valga la redundancia, se llegó a los 3.000 millones de habitantes, cabe pensar, junto a lo previsto por los estadistas, que en el año 2000 se alcanzará la impresionante cifra de 6.000 millones de hombres. Pensando en el futuro lejano me pregunto lo que ocurrirá después. ¿Aumentará dicha cantidad en la misma proporción? ¿Sucederá esto sucesivamente? Creo innecesario señalar que, de ocurrir esto, el problema no tendría solución posible, ya que el capital material del que nuestro mundo y la mente humana disponen no sería suficiente para satisfacer y socorrer este enorme aumento. Para evitar mayores sorpresas y catástrofes debemos ahora plantearnos este problema, anteponerlo a todos los demás, centrar en él nuestro interés y buscar, en primer lugar, su causa y, paralelamente, las posibilidades que tengamos de resolverlo.

Como un hecho, quiero primero hacer constar que las investigaciones y preocupaciones de hoy respecto a este fenómeno, son mucho menos que suficientes. El peligro no se reconoce y, con un falso optimismo en la ciencia, se espera que sea ésta la que automáticamente resuelva nuestro problema.

La raza blanca del Oeste, responsable de este aumento, como veremos más adelante, y que es la que tiene la oportunidad y la facultad de resolverlo, no demuestra mucho interés en él, ya que, por ahora, no es dentro de sus fronteras, sino en territorios del Este entre las razas de color, en donde el excesivo aumento de población crea un problema agobiante. Mas para ver que esta aparente tranquilidad es falsa, recordemos que la emigración de los pueblos no es cosa nueva. Cito el caso concreto de los 200.000 húngaros—caso que me atañe directamente por ser yo uno de ellos—, que, sin haberlo previsto, hubimos de abandonar la patria por razones políticas. En otras palabras, la necesidad puede hacer a los hombres moverse, con lo cual el problema se hace ya común a todos.

Otro hecho que quisiera señalar es el camino erróneo que han tomado los pocos organismos e individuos que están ocupados en resolver este problema. A mi parecer, se contentan con aceptar como un hecho este fenómeno y, sin investigar sus causas, buscan medios para poder satisfacer la nueva demanda de este aumento. Así, los Gobiernos tienen un programa para desarrollar la industria; los industriales y científicos buscan nuevos métodos para el aumento de sus productos; los agrónomos investigan las posibilidades de multiplicar sus alimentos; los arquitectos y urbanistas proyectan fantásticas ciudades para las nuevas generaciones, contando con los resultados técnicos y basando sus conceptos en la nueva demanda materialista del hombre; los médicos, mientras permiten usar nocivos contraceptivos, luchan para salvar la vida corporal del hombre, pero... ¿quién se ocupa de su alma?

Aceptando esta filosofía materialista del hombre, que progresivamente, al paso del tiempo, aún lo será más, con poca imaginación nos podemos dar cuenta de que estos me-

dios ahora empleados son insuficientes e inservibles, ya que, sin curar la causa, no tendrán validez ni fuerza. Por falta de espacio cito un solo ejemplo que afecta mi profesión, con lo cual expongo qué corto va a ser nuestro camino si continuamos con los principios empleados hoy día. Hace cincuenta años el automóvil no era instrumento necesario en la vida humana. De entonces acá, la idea y la vida del hombre han sufrido un cambio radical, y ahora, entre otras muchas cosas, el hombre necesita un automóvil. Ahora bien: nuestras ciudades están construídas para peatones y un número excesivo de automóviles dificulta su funcionamiento. En los Estados Unidos de América, el país de más alto nivel de vida, donde el hombre puede fácilmente satisfacer este deseo, el resultado ha sido que nadie puede usar felizmente su automóvil; a causa de ello, todo el mundo se siente fatigado y nervioso. Imaginemos ahora lo que ocurrirá dentro de cuarenta años, cuando se duplique la población del mundo y cuando el nivel de vida haya subido lo suficiente para que cada individuo pueda contar con vehículo propio. Según algunos científicos, el capital del combustible mundial llegará a su fin antes que esto pueda ocurrir. Pero supongamos que el hombre descubra algo que sustituya la energía de esta materia (lo que no estaría exento de peligro si se trata de una cuestión atómica), el problema que permanece y que afectaría mi profesión, como consecuencia de esta nueva vida del hombre, es un hecho mucho más grave. La mayoría de los hombres de hoy en todo el mundo, pero especialmente en los pueblos menos desarrollados, donde la vida espiritual es más fuerte, se contentan con un hogar modesto. Pero con el aumento de la filosofía materialista lo van a encontrar insuficiente de un día a otro y entonces demandarán casas nuevas con mucho más espacio. La demanda de automóviles correrá paralela e incalculablemente a este cambio de vida, y las ciudades que hemos construído ayer no funcionarán debidamente y para poder usarlas habremos constantemente de demolerlas y reconstruirlas.

Concretando, el problema radica en cómo podremos en el término de cuarenta años demoler nuestras ciudades y luego reconstruirlas, basándonos en la nueva demanda con aumento de espacio para los hogares y contando con el excesivo aumento de población. ¿Qué ocurrirá en el año 2030 si efectivamente aquélla se duplica en cantidad? ¿Tendremos el dinero suficiente para llevar a cabo dicha empresa? ¿Cuándo empezaremos con los trabajos? ¿Existen proyectos bien concebidos? ¿Son capaces de pensar en esta escala nuestros arquitectos, ingenieros, economistas y psicólogos? He tenido la oportunidad de conversar sobre este punto con varios de mis colegas y otros profesionales y, desgraciadamente, con contadas excepciones, no saben siquiera que existe el problema.

Creo que el único camino correcto para poder resolverlo es descubrir la causa de este fenómeno y entonces buscar el medio de curarlo. La causa radica en el malentendimiento de la naturaleza humana y su errónea relación con el mundo y su Creador. El medio de curarla es comprender la naturaleza del hombre, su destino, su lugar en el mundo, la naturaleza de dicho mundo y el objeto del Creador para con él, lo cual parece imposible para la mente humana.

Hay muchísimas razones que indican esta imposibilidad, entre otras, la más clara, es que el hombre, un ser finito en el espacio y el tiempo, nunca puede conocer la verdad de un objeto infinito, como son el mundo y su Creador.

El pensamiento contradictorio del hombre a través de los tiempos nos prueba esto, pero la historia misma nos puede aclarar verdades que pueden ser suficientes para deducir una verdad absoluta respecto a este asunto. De esta historia del pensamiento y de las obras creadoras humanas podemos extender un poco la vida del hombre en el espacio y en el tiempo, pudiendo así completar algo esa falta de nuestra facultad para sentir la cuarta dimensión. Esto nos iluminará las páginas oscuras que nuestros antepasados han dejado para nosotros.

No intento dar aquí largos argumentos y pruebas de mis ideas filosóficas, ya que para ello necesitaría de más espacio, pero por ser ellas base de este estudio, creo indispensable resumirlas a continuación:

El Universo, a pesar de su infinidad y diversidad de seres, está compuesto por tres elementos con sus correspondientes naturalezas:

- a) Espíritu puro.
- b) Materia muerta y viva (elementos y entes del Universo).
- c) Hombre, que mientras vive, es la unión inseparable de las dos naturalezas anteriores. (Puede ser que en otro planeta vivan seres en los que se efectúe esta unión dentro de un solo ser, totalmente diferente al hombre, pero como esto no influye en nuestra vida, no creo que tenga importancia preocuparse por problemas que, al fin y al cabo, quedan fuera de nuestro campo.)

a) *Espíritu puro*.—Es el Ser Supremo, Infinito e Independiente; la causa de todas las cosas. Su naturaleza es actuar con amor, y esto se realiza al crear belleza, belleza que cuando se materializa se manifiesta en la existencia del Universo.

b) *Materia muerta y viva: Universo*.—Obra de arte extremadamente compleja que se extiende en el tiempo y en el espacio hasta el infinito y en el que el número de elementos y seres vivientes permanece siempre en constante transformación y crecimiento dinámico, pero siempre manteniendo un orden y una armonía constantes. El Creador logró y aseguró la función ordenada y armoniosa del Universo, dotando a todos sus elementos y seres vivos de una naturaleza determinada. Todos estos elementos y seres tienen un papel específico y necesario en el conjunto y, debido a la falta de conciencia y de libre voluntad y a tener un amor instintivo y una voluntad de vivir, todos están obligados, dentro de su naturaleza, a realizar sus funciones. Así, el orden y la armonía que son necesarios al Creador en su acto de Creación, y al bienestar de los seres vivientes, que son los motivos de esta obra viva del arte, están preservados.

c) *Hombre*.—El hombre, con sus dos naturalezas opuestas, la material y la espiritual, representa la fusión del Creador con el Universo. Su espíritu es una parte minúscula del Espíritu puro, y su cuerpo lo es de ese mundo creado por el Creador. Cuando estas dos naturalezas están completamente fundidas formando una unidad, la conciencia objetiva y la voluntad libre del Espíritu Supremo se pueden oscurecer por la naturaleza instintiva de su vida físico-biológica, de la cual está hecho, siendo ésta la causa de que el hombre sea víctima de una lucha interna entre su vida física y su vida espiritual. Esta lucha condiciona su visión del mundo y de la vida, en la que realiza su voluntad libre y de la cual depende su felicidad. Desde el punto de vista físico el hombre es parte del Universo; por ello debe encajar armoniosamente en él. Su poder de voluntad de vivir asegura la suerte de su libertad—en contra de abandonarse a sí mismo a la vida—, pero su espíritu, que posee sólo una verdad subjetiva y que ha sido derivado de su método de razonamiento basado en la lógica—y en consecuencia, le parece como verdad objetiva—, está sujeto a equivocarse en su libertad.

Cuando la verdad subjetiva del hombre no está de acuerdo con la Verdad objetiva del Creador, el hombre comete errores. Por ello la singularidad del hombre consiste en que es el único ser a quien no se le ha impuesto una conducta predeterminada y a quien el Creador permite equivocarse. Pero incluso en esto el hombre está limitado: el péndulo de la libertad humana oscila entre sus extremos espirituales y materiales y tiene tres posibilidades a realizar en su vida:

A) La verdadera naturaleza del hombre es la síntesis de estas dos naturalezas contrarias, consiguiendo así su verdadera y equilibrada vida. Sólo así puede vivir según aquella naturaleza predeterminada para el perfecto funcionamiento del Universo y del bienestar de todos los seres vivientes. Al ocurrir esto el hombre llega a una completa adaptación con la Obra Creadora y entonces alcanza la perfección humana. Su verdad subjetiva se identifica con la Verdad objetiva de Dios; sus ideas (visión del mundo y de la vida), a través de las cuales ve el Universo y juzga sus valores, son correctas, y sus leyes están en armonía con las leyes de la naturaleza. En este estado el hombre deja de sufrir y de padecer; experimenta tan sólo

la alegría y el amor: alimentos los dos esenciales a su espíritu. Experimenta también la alegría de crear y de contemplar la belleza. El amor que ahora siente es el Amor del Creador mismo y ve su espíritu idéntico al del Espíritu Supremo, de tal forma, que toda la Humanidad participa como único ente de aquel Espíritu. Ve su cuerpo con respeto, dándole un valor necesario como parte del Universo, sabiendo que la felicidad del Creador y de su mundo creativo dependen de este Amor. El Amor Supremo del Creador está ahora liberado en el hombre y éste no necesita esforzarse con la ética ni con las leyes y reglamentos para actuar con justicia, con amor y con bondad. Crear belleza es ahora un elemento natural y esencial para el hombre, así como para Dios, que está liberado dentro de él y que actúa como guía sobre él. Esta belleza es el alimento para el espíritu humano, así como el alimento para el Creador mismo.

Puesto que la felicidad del hombre depende del orden y de la armonía del Universo, la belleza que él crea por necesidad de su naturaleza debe encajar armoniosamente dentro del Universo. Tiene aquélla que servir al hombre y agradar a Dios. Por eso la escala de su obra, así como el tiempo y el espacio que intervienen en el Arte producido por el hombre, deben ser al mismo tiempo humanos y divinos. En la Cultura Clásica Griega y en el Renacimiento de la Cristiandad, durante un corto tiempo, ha sido vivida esta vida equilibrada.

B) Cuando el hombre supervalora su vida espiritual, dejando a un lado su vida material, vive desequilibrado. Al no cuidar de su cuerpo, muchas de sus facultades físico-biológicas quedan sin alimento y cultivo, originando enfermedades y sufrimientos corporales que, naturalmente, afectan también a su espíritu. Esto acaeció muchas veces en distintas partes del mundo, entre diferentes culturas, pero los errores más conocidos y que más directamente nos afectan fueron los de la Cultura Egipcia, la Cristiana (hasta la Edad Media) y las del Budismo y el Braman, que duran hasta los principios de nuestro siglo y que ahora están en su período de transición.

C) Cuando el hombre supervalora su vida material y no cultiva su espíritu, es decir, cuando sucede lo contrario a lo anteriormente citado, el hombre se desequilibra igualmente. En este estado su espíritu queda sin alimento, dando por resultado enfermedades espirituales que son mucho más peligrosas que las corporales, ya que con un espíritu enfermo las ideas sobre la vida y el mundo en el que realizamos nuestra libertad de voluntad, se falsean y, en consecuencia, todas nuestras actividades serán erróneas y no podrán servir nuestros intereses. Un ejemplo de esto en la Historia lo encontramos en la Cultura del Imperio romano. Otro, mucho más cercano, en la cultura actual del Oeste, que cada día va extendiéndose más y más, destruyendo culturas nativas entre pueblos menos desarrollados. De la catastrófica desaparición del Imperio romano todos sabemos, y ya vamos sintiendo el peligro de nuestro futuro.

Para evitar esto y para obtener la respuesta correcta a la causa del fenómeno del aumento excesivo de la población, no debemos hacer más que sacar conclusiones de las verdades que hemos expuesto en las líneas previas.

Como hemos visto, Dios ha creado el Universo perfecto, dando a todos sus elementos y seres vivientes un valor importante y necesario en el conjunto, el cual mantiene sus vidas, consumiéndose unos a otros, pero en una forma tan armoniosa y ordenada que la consumición y la reproducción corren parejas en una proporción exacta. Como hemos visto anteriormente, esto es posible, porque los seres vivientes han recibido una naturaleza predeterminada, dotada de un amor instintivo que fluye solamente durante el período de reproducción y crianza de sus criaturas, y con una voluntad de vivir que domina sus vidas y que les obliga a luchar, a defender su vida por encima de todo. Ya que estos seres no tienen conciencia ni voluntad libre, actúan por necesidad e instinto, y por eso sus actividades son siempre justas.

Como hemos tratado también previamente, el hombre tiene la posibilidad de vivir una vida apropiada a su naturaleza, pero su conciencia y su libre voluntad le dan la oportunidad de elección en los diversos caminos de su vida.

El hombre consigue esta vida apropiada cuando logra un equilibrio entre su parte física y su parte espiritual. Al supervalorar cualquiera de las dos partes, vive una vida desequilibrada, la cual da por resultado enfermedades y sufrimientos.

Si examinamos nuestra cultura cristiana desde la muerte de Cristo hasta nuestros días, encontraremos estos tres estados del hombre. Las consecuencias que de ellos sacaremos, aprobarán esta verdad y contestarán nuestras preguntas.

En las Edades Oscuras y en la Edad Media hasta el Renacimiento, los hombres cristianos llevaban una vida exageradamente espiritual. La vida trascendental era mucho más importante que la vida real, y el hombre, para resolver sus problemas, contaba tan sólo con la ayuda de Dios, sin aportar ningún esfuerzo propio. Desatendiendo su vida física, el hombre no lucha frente a las leyes de la Naturaleza y cae víctima de innumerables enfermedades corporales. Cuando las contradicciones entre sus leyes e ideas y las leyes de la Naturaleza e ideas de Dios sobre el mundo y la vida eran más notables, el hombre empezó a interesarse en su parte física hasta que, en una lenta evolución, llega durante el Renacimiento (alrededor del siglo XV) a una vida apropiada y equilibrada. El hombre en este estado sentía dentro de sí mismo el Espíritu Creativo de Dios y tras las obras que él entonces creaba, obtuvo su conciencia y un justo orgullo, y, al lado de Dios, el hombre también ocupaba un lugar importante, pero aún no de primera magnitud. El hombre podía entonces sentirse importante por su cuerpo y por su alma. Y su cuerpo, que hasta entonces había sido ignorado, agonizando casi, brilla otra vez con su belleza en el Arte, tanto en la pintura y escultura como en sus demás ramas. En literatura surgió el humanismo y en la arquitectura y urbanismo nació un elemento nuevo al lado de las Catedrales: el Ayuntamiento, el centro cívico. Este tiempo de equilibrio fué corto, pero produjo innumerables genios en todos los campos, sobre todo en los relacionados con el Arte, pero muy pronto, sin darse cuenta, el hombre empieza a perder esta vida equilibrada y, borracho de sus descubrimientos y resultados científicos, empieza con un optimismo enorme a concentrar todos sus intereses y energías para conquistar el mundo.

Con el descubrimiento de la lente, a resultas de la curiosidad del hombre, desarrolla la óptica y nace el microscopio, instrumento imprescindible para los médicos en sus investigaciones para descubrir las causas de muchas enfermedades infecciosas. Este mismo instrumento, en la Edad Media, no habría causado ningún cambio en la vida trascendental del hombre, pero a Pasteur y a los "famosos cazadores de los virus", hombres de una visión más materialista del mundo y de la vida, significó el instrumento ideal para resolver sus problemas. Pasteur y otros famosos médicos de su época hicieron un relativo servicio a la Humanidad, ya que sus descubrimientos, y el resultado de sus trabajos, fueron la causa de un problema mucho más grave del que padecía antes la Humanidad.

Como desde los tiempos de Pasteur vivimos una vida desequilibrada y materialista y nuestra filosofía del mundo y de la vida, según mi teoría, es errónea, y de la cual no estamos conscientes, a nadie se le ha ocurrido juzgar estos resultados, y en verdad, el juzgarlos es harto difícil, ya que el salvar una vida es un acto muy humano. Pero si admitimos que la vida humana se compone no solamente de la vida corporal, sino en igual forma o más aún de la espiritual, no podremos decir que los médicos, con Pasteur y después de él, han logrado mucho ni que desempeñan correctamente sus trabajos. El buen trabajo de un médico consiste en curar al hombre enfermo, sin producir, con esta curación, otras enfermedades. Si yo salvo a un hombre de ahogarse y luego le dejo sufrir una muerte lenta y dolorosa producida por fuego porque mi poder allí no llega, mi trabajo sería más malo que bueno. Y esto es exactamente lo que hacen nuestros médicos desde los tiempos de Pasteur. Aparte de sus indiscutibles éxitos en la salvación de vidas humanas, y de que estos médicos especialistas (quienes, naturalmente, son víctimas como todos nosotros de esta falsa y errónea filosofía del mundo y de la vida), son responsables—en gran parte—de la superpoblación del mundo, los éxitos de sus trabajos han contribuído en la creación de enfermedades nerviosas y mentales, las cuales son incurables porque las píldoras carecen de efecto sobre las enfermedades espirituales. Los psicólogos, naturalmente, saben cómo se pueden curar estos espíritus atormentados, y

prescriben, para ello, una vida ordenada, pacífica, un ambiente de seguridad y tranquilidad, en contraposición al tipo de vida hasta entonces experimentado, es decir, de inseguridad, ruido, brutalidad y caos. Así, ante estos nuevos enfermos, a quienes previamente hemos salvado de sus enfermedades corporales, estamos impotentes. Ello no obstante, los médicos siguen recibiendo medallas de honor por salvar el casco del hombre. La única fórmula para curar a estos enfermos y todos los males de nuestra vida es cambiar nuestra falsa y errónea filosofía de la vida y lograr otra vez una vida equilibrada entre la vida material y la espiritual.

El error grave en nuestras ideas y actividades es que nosotros no somos capaces de reconocer que no somos nada más que un elemento del Universo. Somos, quizá, el elemento privilegiado, ya que en nuestra vida físico-biológica entra el Espíritu del Creador, quien experimenta dentro de nosotros su obra creadora. Pero como hemos visto, los elementos y motivos de esta obra son los seres vivientes que tienen una función necesaria y específica de mantener el orden y la armonía del conjunto para bienestar de todos.

Cuando la filosofía del hombre es falsa, y usa erróneamente su libertad, el hombre juzga al Universo únicamente desde su punto de vista, y todo lo que considera innecesario o inconveniente, lo cambia o lo destruye. Con este acto, interfiere en la obra de Dios y rompe la armonía del Universo. Algo parecido ocurriría en un lago donde los peces pequeños (que tienen un poder de multiplicación infinitamente mayor al de los peces grandes, cosa que les sirve para balancear la consumición de parte de éstos) encontrarán un día algo que actuase sobre los mayores causándoles la muerte. Su problema, de momento, estaría resuelto, pero al paso del tiempo esta multiplicación constante, sin consumo, daría paso a otro problema mucho más grave, cual es el de la falta de espacio en el lago. Afortunadamente esto no puede ocurrir, ya que sólo el ser humano tiene el poder de interferir en la obra del Creador, equivocándose y causando con ello sufrimientos. Pero para lograr la verdadera felicidad, estos sufrimientos son necesarios. Así estamos constituidos: con un poder de cometer errores y al mismo tiempo de corregirlos. Cuando sabemos, cuando nos damos cuenta de que nuestra actividad es errónea, no importando lo enorme que puedan ser nuestros sufrimientos, el entusiasmo interior para corregir estos errores nivela la balanza del sufrimiento y hace al hombre sentirse feliz. Así, todo lo que fué dolor causado por nuestra falsa filosofía, puede convertirse ahora en entusiasmo y alegría para aquellas personas que puedan contar con una solución de corrección. Compartir esta verdad con el resto de la Humanidad es el objeto principal de los poseedores de esta verdad, sin que ello signifique que debemos retroceder en el tiempo, remontándonos, por ejemplo, hasta el Renacimiento, para pensar que esa forma es la única de vivir correcta y equilibradamente. Antes bien y, por el contrario, debemos continuar aprovechando todos los descubrimientos y resultados científicos al servicio de la Humanidad y aplicar a la época moderna de nuestros tiempos la justa y correcta filosofía. No debemos, pues, dar ni un paso atrás, sino pensar y trabajar utilizando estos resultados, no como un fin, sino como un medio, para crear un ambiente en donde el hombre pueda desarrollarse y encontrar su alimento espiritual que hace tanto tiempo perdió.

Sabiendo: qué es el hombre, qué es el Universo, qué lo ha creado, cuál es el objeto de este Creador para con el hombre y el Universo; cuál es el lugar, destino y relación del hombre con el Universo y su Creador

Contando: con los éxitos de la economía y de la industria de nuestra civilización

Tenemos: todo lo necesario para formar nuestra correcta filosofía de la vida y para materializar esta filosofía en todos los campos de nuestras actividades.

Mi propia filosofía, que he discutido en estas líneas, está basada en estos conocimientos, que son mis verdades. Si la Humanidad la aceptara como guía en sus actividades, entonces, como ha ocurrido muchas veces a través de la historia, sin darse cuenta, cambiaría su equivocada vida y seguramente llegaría a ese equilibrio tan deseado, el cual, sin embargo, no podría mantener porque el hombre está condenado, a resultas de su poder de equivocarse, a dejarlo otra vez para alcanzar el otro extremo de sus posibilidades, repitiéndose así el eterno círculo de su destino. Ello no obstante, el camino de evolución y el tiempo de equi-

librio podrían durar hasta más de un milenio, tiempo durante el cual el optimismo y un amor entusiasta para con la vida y la obra de Dios llenarían su vida, experimentando la alegría interna, alimento necesario de su espíritu.

Pero si no acepta el cambio y, por el contrario, continúa en esta falsa filosofía de la vida, entonces tendrá muy poco camino por hacer y llegará a una catástrofe y destrucción total, cual es el cambio revolucionario, como ocurrió en el Imperio romano. En cualquier caso, el trabajo que un individuo hace luchando por la búsqueda de la verdad, es útil y obligatorio, tanto para él como para la Humanidad entera. Hay muchas opiniones en el sentido de que ya es tarde para cambiar el camino de nuestra sociedad y que es mejor aceptarlo tal cual es, mejorándolo solamente para facilitar nuestras actividades. Para probar que esto es erróneo y además imposible, traigo a recuento lo que anteriormente expuse: la causa en las actividades humanas es su filosofía de la vida y todo el resto es el efecto de esta causa. Si la causa es falsa, entonces, en la proporción de nuestra intensidad de servirla, empeoramos nuestros intereses.

Contra los argumentos de que nuestra sociedad no hará caso de ningún modo a una filosofía nueva, sea ésta o no la verdad, por su actitud negativa hacia las ideas espirituales y su temor a perder sus falsos intereses y posiciones, que un cambio puede causarles, hay ejemplos en la historia humana que aparentemente prueban esto. Pero para demostrar qué equivocado es pensar que el valor de la lucha por la verdad depende de éxitos inmediatos, quiero recordarles el caso de Marco Aurelio, el emperador-filósofo, quien a pesar de su poder y autoridad mostró ser débil contra las fuerzas inertes de su sociedad para realizar su filosofía y salvar a su corrompido país. Marco Aurelio, en efecto, ha llegado tarde para su tiempo, pero su trabajo, sus ideas de la vida y del mundo, no fueron inútiles, ya que iluminó el camino a la Humanidad, cuando, más tarde, las nuevas circunstancias de la vida necesitaron sus ideas. Aprendemos de nuestra filosofía que el hombre auténtico no es un individuo aislado y egoísta, que debe preocuparse de él y sus parientes o, en el mejor de los casos, de la sociedad en que vive, sino que él es parte de esta infinita cadena de Humanidad que tiene importancia para él porque en estos seres humanos vive el Espíritu Supremo, sobrepasando el tiempo y experimentando su obra creativa en el cuerpo humano. Para un hombre que llega a esta altura de concebir la verdad, su padre y su hermano auténticos no son más su padre y su hermano de sangre, sino toda la humanidad que participa con él de su verdad. Este hombre no dedica su amor a los pocos seleccionados, sino lo extiende a la Humanidad entera, pasada, presente y futura, porque el amor que siente es para el Dios que vive en el hombre y para su Obra que es el mundo entero. Solamente actuando en este amor será él un ser individual, porque sus actividades con las que contribuirá a la restauración del orden y a la armonía del Universo serán individuales, ayudando así a terminar con los sufrimientos causados por los hombres que aprovecharon el don divino de poder cometer errores, usando él, por el contrario, el otro don de poder corregirlos, favor que Dios, de su Amor y Bondad, ha dado al hombre. El cielo del que hablan las religiones es la alegría y entusiasmo que este hombre experimenta al descubrir que él posee el Don Supremo de Dios en participar en su obra creadora. El verdadero infierno y castigo del hombre son los sufrimientos que experimenta y que causa a sí mismo y a su Dios al no seguir su auténtica vida humana.

El Amor infinito de Dios perdona siempre todo al hombre y al final, así haya seguido el hombre una carrera individual o una vida insignificantes, Dios permite a su alma volver a entrar en su Espíritu Puro para gozar la eterna alegría de crear belleza y continuar a sufrir por los errores cometidos por los hombres, sus hijos predilectos.

Por eso en nuestro trabajo de la lucha por la verdad, no debemos depender de los éxitos inmediatos o de las dificultades con que tropecemos; la esperanza por alcanzar el éxito será natural, como consecuencia de nuestro amor, que quiere compartir la experiencia alegre de la posesión de la verdad. Pero ¿cómo podemos hacer esta verdad una posesión común a toda la Humanidad? ¿Por medio de qué enseñanza? ¿Por cuáles escritos? ¿Por medio de la radio, de la televisión, del cine o de la prensa? ¿Quién está llamado a llevar a cabo esta tarea y cómo debe realizarla? Para contestar estas preguntas debemos primero tomar en consideración cier-

tos hechos y entonces encontraremos que la respuesta a este aparentemente difícil problema es extremadamente sencilla, y que la solución y las posibilidades para realizarla están a nuestro alcance. Veamos entonces cuáles son estos hechos.

En el pasado las ideas se transmitieron no directamente a las masas, sino a unos cuantos individuos. A través de ellos, las ideas se difundieron en un lento proceso hasta alcanzar alguna forma de arte que saturaba las masas. Pues no era tanto el entendimiento de las enseñanzas de Cristo en el sentido de que la casa de Dios debe estar en el corazón del hombre, cuanto las catedrales y la construcción y la forma de las ciudades y las bellas artes que influenciaron y mantuvieron la fe de las masas. La verdadera enseñanza fué, pues, a través de la artística transformación de la idea, procedimiento en el que reside nuestra única esperanza. Actualmente nos es imposible educar a la gente a través de nuestros excelentes sistemas de comunicación de las masas, ya que éstos están en las manos de hombres de negocios que se oponen a cualquier otra idea que no sea su egoísta interés. Lamentablemente, su poder es muy grande.

¿Y qué es del Estado? El Estado, hoy en día, es también una víctima de rabiosa competencia que mantiene su verdadera existencia con dificultad; exteriormente, contra la presión económica y política, e internamente, contra las demandas voraces de sus sujetos con mentes materialistas. El Estado no está en situación de llevar a cabo grandes proyectos para poner orden en nuestras actividades y tiene que contentarse con hacer pequeñas modificaciones en el gran caos que aumenta día a día. Este caos lo mantienen los trabajos de nuestros científicos, tecnólogos, economistas y políticos, quienes sirven servilmente nuestra actual filosofía materialista.

¿Están llamados para llevar a cabo la tarea de reforma nuestros sacerdotes, filósofos y escritores? Sí, lo están, pero tienen muy poca influencia sobre las grandes masas en general, ya que éstas no van a la iglesia ni leen libros serios. En esta forma, sus palabras no son oídas y sus escritos quedan sin ser leídos.

Está claro que los pocos artistas que pueden ser independientes en sus actividades son los principalmente llamados para realizar esta idea, y si tomamos en consideración la actual postura filosófica de la Humanidad y el rápido crecimiento de la población, veremos cuál rama del arte es la que está más destinada a esta misión. El interés artístico actual es muy reducido a resultas de la postura filosófica que estamos tratando de cambiar; la poesía, la música, la escultura, la pintura, significan poco para el hombre de hoy. En cambio, las posesiones materiales ocupan lugar preferente en el hombre de estos días. El hombre exige casa propia, no poesía, y si no podemos educarle a apreciar los verdaderos valores, pronto exigirá también una casa de campo, y se encontrará aún tan desgraciado como antes.

Pero hagamos caso de que el Estado puede proveer al hombre sus necesidades más perentorias: un hogar y las facilidades culturales a las que su espíritu tiene derecho. Esto significará que en los próximos cuarenta años, tiempo durante el cual la población mundial se habrá duplicado, el mínimo volumen de nuevos edificios que tendrán que construirse será aún mayor que el volumen total de construcciones actuales, no solamente para satisfacer la población adicional y para hacerle frente al problema actual de la vivienda, sino también para reconstruir nuestras ciudades actuales, que, dada su naturaleza caótica, no funcionan ni en el más bajo plan económico. Realizar este trabajo resultará un cambio total del ambiente de nuestras ciudades existentes y las nuevas ciudades reflejarán un ambiente según los principios en que hemos construído. Es una extraña coincidencia que los medios más eficaces de enseñar y materializar una idea que, como hemos dicho, es el arte de la arquitectura en la escala de urbanismo, es también lo que necesita el mundo de hoy, porque las nuevas ciudades tienen que ser construídas y las viejas reedificadas, no solamente para propagar una filosofía específica, sino también debido a la presión ejercida por el crecimiento natural en cantidad y cualidad de la Humanidad. Bajo estas circunstancias es obvio que debemos edificar de acuerdo a un plan basado en una filosofía adecuada, pero en la actualidad carecemos de dicho plan.